

# El pensamiento vasco y América: del Modernismo a la Guerra Civil

(Basque thinking and America:  
from Modernism to the Civil War)

Llera, Luis de  
Universidad de Génova  
Vía Campagnole, 5  
Borgonato (Corte Franca)  
Brescia - Italia

BIBLID [0212-7016 (1998), 43: 1; 61-81]

---

Si los extremeños representaron en los años del descubrimiento y conquista de América el grupo más numeroso y sobresaliente, los vascos recogieron esa primacía en los siglos posteriores. Las comunidades provenientes de las Vascongadas se distinguieron entre 1900-1936 por una unidad y solidaridad que las distinguía de los emigrantes españoles. Sin embargo, desde el punto de vista cultural, 1900 no ve aún la creación de una cultura con marcada autonomía: intelectuales como Unamuno, Baroja, Maeztu, a pesar de demostrar simpatías por la tierra de origen, no consideraron nunca la existencia de una cultura vasca diferente a la del resto de España.

Palabras Clave: Cultura vasca. América. Modernismo noventayochista. Nacionalismo. Españolidad.

Amerikako aurkikuntza eta konkistaren lehen urteetan Extremadurako jendeak talde handiena eta nabarmenena osatu bazuen ere, lehentasun hori euskaldunek bereganatu zuten ondoko mendeetan. 1900-1936 bitartean Baskongadetatik hara joandako jendearen arteko batasuna eta elkartasuna nabarmentzen ziren eta ezaugarri horiek espainiar emigranteengandik bereizten zituzten. Guztiarekin ere, kulturaren ikuspegitik, 1900ean ez zen autonomia sakonoko kulturaren sorrera gertatu oraino: Unamuno, Baroja eta Maeztu bezalako intelektualek, sorlekuarenganako begikotasuna azaldu arren, ez zuten sekula gainerako Espainiakoren desberdina litzatekeen kultura kontuan hartu.

Giltz-Hitzak: Euskal kultura. Amerika. Laurogeita hemeretziko modernismoa. Nazionalismoa. Espainartasuna.

Si les ressortissants d'Extrémadure représentèrent le groupe le plus nombreux et le plus notable lors de la découverte et de la conquête de l'Amérique, les basques recueillirent cette primauté lors des siècles qui suivirent. Les communautés provenant des provinces basques se distinguèrent entre 1900-1936 par une unité et une solidarité qui les distinguaient des espagnols. Pourtant, d'un point de vue culturel, 1900 ne voit pas encore la création d'une culture autonome très marquée: des intellectuels tels que Unamuno, Baroja, Maeztu, bien que montrant de la sympathie pour la terre d'origine, n'envisagèrent jamais l'existence d'une culture basque différente de celle du reste de l'Espagne.

Mots Clés: Culture basque. Amérique. Modernisme de la génération de 98. Nationalisme. Hispanisme.

Con motivo del 5° Centenario del descubrimiento de América, investigadores e intelectuales de las dos orillas del Atlántico han derrochado esfuerzos y energías, que se han traducido en centenares de volúmenes sobre las relaciones entre la península Ibérica y los numerosos países del nuevo continente<sup>1</sup>. Sin embargo, 500 años de intensos contactos de todo tipo han dejado, lógicamente, tantos argumentos abiertos a nuevos estudios y reflexiones. Las breves páginas que siguen no pretenden colmar ninguna laguna, solamente recordar pocos datos y ofrecer algunas reflexiones sobre una época importante por la envergadura de las relaciones y atractiva por su cercanía temporal para los que han vivido buena parte de su ciclo vital durante el siglo actual. Si los extremeños nos hemos vanagloriado de haber aportado el peso más duro del descubrimiento y conquista de América desde la tierra del Fuego hasta la California, me parece que los vascos pueden enorgullecerse de afirmar que su comunidad ha sido la mayor protagonista durante el siglo XX de las relaciones entre la vieja metrópoli y el Nuevo Mundo. Como ha escrito F. Xavier Medina “la emigración vasca, en una concepción histórica amplia, se caracteriza tanto por su significativo volumen sobre el total de emigrantes peninsulares como por la singularidad de su asentamiento en las sociedades receptoras”<sup>2</sup>.

Entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX la población vasca sufrió cambios importantes y opuestos. Nos referimos a la inmigración proveniente de numerosas regiones de la península, al amparo del desarrollo industrial vizcaíno, y vasco en general, y a la emigración de vascos a América, sobre todo a Argentina pero también, por ejemplo, a EE.UU.

Entre 1882 y 1914 la emigración alcanzó cifras muy superiores a las de las épocas precedentes. Las fuentes oficiales dan la cifra de 1.042.775 emigrantes españoles para dicho periodo, mientras que las de los países receptores resultan netamente superiores. La falta de coincidencia se debe ciertamente a un haz de factores diferentes y nada fáciles de determinar. Con toda probabilidad una de las causas más relevantes habría que achacarla a los muchos emigrantes que salieron para América furtivamente o desde puertos no españoles.

Durante el siglo XIX diferentes factores explican la emigración fuera de la patria: la invasión napoleónica, las fricciones entre afrancesados y no, las guerras carlistas, la abolición de los fueros (1876) y años más tarde la terrible guerra civil. A los que habría que añadir el crecimiento de la población costera, la emigración desde otras regiones españolas hacia Vizcaya y Guipúzcoa, atraída por el crecimiento económico. Sin embargo sigue en pie el problema antes planteado; es decir la simultaneidad de la emigración vasca a América y el de la inmigración a la Vascongadas desde otras partes de España. Probablemente una respuesta parcial habría que achacarla a la idiosincracia del vasco; o sea a la falta de atractivo que el obrero sentía hacia el trabajo asalariado de la industria, y al espíritu de aventura y superación. “El Nuevo Mundo cumplía la promesa de que tras unos años de trabajo manual uno podía, finalmente, convertirse en miembro de una clase empresarial dentro de una economía de frontera en expansión”<sup>3</sup>.

La atracción fatal hacia América dependía de causas reales y utópicas. Por una parte, se sabía que muchos vascos habían hecho fortuna en los países americanos. También ofre-

---

1. Merece destacar que la colección Mapfre América ha publicado más de 250 volúmenes sobre las relaciones de Europa con el Nuevo Continente.

2. “Emigrantes y emigrados: las migraciones vascas en el siglo XX” en *Los otros vascos. Las migraciones vascas en el siglo XX* (F. Xavier Medina comp.), Madrid, editorial Fundamentos, 1997, p.15.

3. Vid: Estíbaliz Ruiz de Azúa, *Vascongadas y América*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, cit. pp. 267-268.

cía seguridad el hecho de que muchas comunidades eran florecientes, y acogedoras, gracias al espíritu de identidad, con los nuevos emigrantes vascongados. Sin embargo, y como no es todo oro lo que reluce, la desilusión también se apoderó de muchos, pues la palabra América se había asociado, quizás, fácilmente con el éxito asegurado. Con razón Pierre Lhande escribía en 1909 que "para ser un auténtico vasco, se requieren tres condiciones: llevar un apellido sonoro que indique el origen, hablar la lengua de los hijos de Aitor y... tener un tío en América"<sup>4</sup>. Sin embargo a veces ocurría que pastores llegados a los EE. UU. prefirieran trabajar a las dependencias de propietarios ingleses que vascos, ya que estos últimos tendían a hacerles trabajar más. Familiaridad traicionada también en Australia para con algunos cortadores de cañas. Estos, digamos, sinsabores se explican porque las emigraciones no fueron ininterrumpidas desde el descubrimiento hasta el siglo XX y en los periodos de pausa la conciencia del ser vascos se debilitaba, sobre todo entre los descendientes de emigrantes. Sin embargo es también cierto que, a pesar de tal discontinuidad, los vascos no olvidaron nunca la pertenencia a una comunidad bien definida, no sólo geográfica, sino caracterialmente. No siempre se trataba de países o regiones con tradición de emigrantes vascos y en tal caso el trato cambiaba. Según William Douglass "todos los argentinos distinguían entre vascos y españoles, atribuyendo considerable prestigio a los primeros [...]. En contraste, en Australia y en Estados Unidos el mismo inmigrante se ve confrontado con la pregunta de "¿qué es un vasco?"<sup>5</sup>.

Desde el punto de vista de la identidad entre los vascos americanizados y los recién llegados en nuevas oleadas debió de existir, por lo general, una notable diferencia, entre otras cosas porque en la mayoría de los casos habían perdido la lengua y estaban poco informados sobre la realidad de su tierra de origen.

La emigración finisecular se vio favorecida por los cambios políticos, sociales, económicos que afectaban a los países del Nuevo Mundo. La independencia de la metrópoli, la formación administrativa incipiente de los nuevos estados y los deseos de desarrollo económico, además de la escasa densidad habitativa y la falta de mano de obra especializada, propiciaron la emigración europea. Por ejemplo, la Constitución argentina de 1853 explícitamente declaraba, en su art.25, las ventajas otorgadas por el gobierno a los emigrantes. De ellos muchos fueron vascos que consiguieron en numerosos casos situarse económicamente. "Se decía que de cada 100 inmigrantes con cuenta corriente en el Banco de Buenos Aires, 13 eran vascos (españoles y franceses), y que de cada 100 millones de pesos depositados por los emigrantes, nueve millones igualmente correspondían a vascos"<sup>6</sup>.

Al extraordinario desarrollo económico del País Vasco durante la segunda mitad del XIX y el primer tercio del XX no fueron ajenos el enorme flujo de dinero de los vascos residentes en América. La cultura se benefició igualmente por creación de nuevas instituciones y ayudas a las ya existentes. Los caudales eran sí de proveniencia americana pero gracias, en muchos casos, a la estrecha relación comercial entre América y el País Vasco, facilitadas por sus hijos de una y otra orilla del Atlántico, siguiendo una tradición iniciada muchos años atrás, cuando, por ejemplo, en 1644, el Señorío de Bizcaya consideró de la mayor utilidad la creación en la Universidad de Salamanca de un colegio para los estudiantes vascos carentes de recursos económicos. Tales ayudas, elentadas pacientemente por Estíbaliz Ruiz de

4. La emigración vasca, 2 vols, Donostia, Auñamendi, 1971. Ahora en Los otros vascos, cit. p. 21.

5. "Factores que intervienen en la formación de la diáspora emigrante vasca al Nuevo Mundo" en Los otros vascos", cit. p. 33.

6. E. Ruiz de Azúa, Vascongadas y América, cit., p. 270.

Azúa, demuestran “ante todo la respuesta inmediata de los vascos residentes en América a las solicitudes planteadas desde el Señorío, lo que sin duda guarda una estrecha relación con la perduración de la identidad vasca en el Nuevo Mundo”<sup>7</sup>.

Como decíamos antes no todo eran rosas. Existían agencias dedicadas a reclutar mano de obra. Varios fueron los que buscaron brazos fuertes y voluntades sólidas en las Vascongadas, no cumpliendo lo prometido y transformando la esperanza en desilusión. En más de una ocasión el obispado de Pamplona llamó la atención sobre los peligros de especulación, y acerca de la mísera realidad a que se exponían en muchas ocasiones los esforzados emigrantes. Tales agencias sabían que gracias al desarrollo industrial del País Vasco no era difícil encontrar mano de obra de buen nivel. Los equívocos en la contratación, la falta de adaptación a presuntos paraísos y la nostalgia de la tierra de nacimiento se cuentan entre los factores más importantes del regreso a casa.

Durante el periodo finisecular la emigración vasca, en su mayor parte, eligió Argentina como la tierra prometida, especialmente Buenos Aires y sus alrededores<sup>8</sup>. La primera fábrica de manteca la creó un vasco, Martín Errecaborde, en 1876. Los otros países en orden de importancia en cuanto a emigración vasca fueron Chile, Perú y EE. UU. Sin embargo otros países recibieron la presencia y el influjo de la comunidad vasca; en Cuba, por ejemplo, la presencia no sobresalió por su número, pero sí en cuanto fuerza económica y difusión cultural. Lazúrtegui señala, como dato de interés, que en San Cristóbal entró en contacto con negros y mulatos que conocían la lengua vasca.

A Julio de Lazúrtegui González (Bilbao 1859-1943) deben los vascos de España y de América uno de los más importantes e inteligentes esfuerzos en pro del desarrollo de las relaciones de España, y muy especialmente del País Vasco, con América. Animador de numerosos proyectos, concentró fundamentalmente su interés en las actividades del Centro de la Unión Ibero-Americana en Vizcaya, fundado en 1905. Abogó por la preparación de una Exposición Ibero-Americana que se celebrase simultáneamente en Sevilla y Bilbao. No consiguió su objetivo como tampoco logró que se llevase a cabo una Feria Navegante de productos del País Vasco-Navarro. Se hubiera tratado de exponer una muestra itinerante permanente a bordo de un barco que habría atracado en los principales puertos del continente americano. Más relevante resultan para la historia del pensamiento Vasco y América las ideas expuestas en su obra *España ante el Hemisferio de Occidente*, publicada en 1927, donde preconizaba la estrecha colaboración entre los dos Estados de la península ibérica con sus hermanos de ultramar, sin olvidar la importancia de los EE.UU y de su potencia colonizadora, Inglaterra; es decir una vasta concordia entre los países americanos y los europeos colonizadores. Una fantástica utopía en pro de la confraternización y del desarrollo, entre el mundo anglosajón y el latino.

Lazúrtegui, vasco de pura cepa, no se preocupó solamente por vasquizar en lo posible el Nuevo Mundo, sino que trabajó más allá de partidos y políticas, por un desarrollo más completo y global en las relaciones de España con América, proponiendo a Alfonso XIII un periplo por los países de ultramar.

A la presencia vasca en América contribuyeron su iglesia y sus misioneros, que aumentaron su número en la segunda mitad del XIX. El mayor flujo del clero se vio pagado con la

---

7. *Ibidem*..., p. 264.

8. En 1920 parece ser que vivían en Argentina 1.300.000 españoles, muchos de ellos representantes casi todos de las profesiones liberales.

concesión de la Prelatura Nullius a las provincias vascas con la misión de evangelizar la región de los Ríos. Los misioneros vascos llevaron y extendieron la fe de Cristo, pero también la cultura y la ciencia vasca, española y europea. Por ejemplo José María Uría regentó las cátedras de Filosofía del Derecho y Derecho Romano en la Universidad de Bogotá, y Simón Sarasola fundó y dirigió el Observatorio Meteorológico de Cienfuegos (Cuba)<sup>9</sup>. Al jesuita alavés Hilarión Gil (1873-1928) se debe la creación de la revista *El Siglo de las Misiones*. Mateo Múgica, futuro obispo de Vitoria, presidió en los años 20 la Unión Misionera del Clero de España, y Angel Sagarminaga dirigió desde 1926 la Obra Nacional de Propagación de la Fe y Clero Indígena.

No queremos alargar más la lista, de por sí interminable, de las aportaciones vascas en América durante el periodo finisecular. Sin embargo hemos considerado útil recordar a los oyentes varios ejemplos significativos de las múltiples actividades llevadas a cabo, porque ellas ponen de manifiesto, dentro de su riqueza y variedad, parte de la historia del pueblo vasco, y que esa historia ayuda a comprender la realidad, o menos, de la identidad forjada durante años, siglos, dentro y fuera de la geografía de la Vasconia hispánica. La cultura no se reduce exclusivamente a los géneros literarios, ni siquiera al bilingüismo de los habitantes, ni tampoco a la ciencia, ni a la filosofía. El primer punto de apoyo para verificar el hecho diferencial de una comunidad respecto a otras vecinas consistiría, ciertamente, en determinar su idiosincrasia con reconocimiento de la misma por propios y extraños.

La derrota de 1898 y la pérdida de las últimas colonias acarrearón una crisis de identidad en todas las clases cultas del territorio español. Los recuerdos del imperio y de los Siglos de Oro de la cultura chocaban con un presente que sometía a dura prueba la validez de comportamientos seculares. Era llegada la hora de preguntarse si valía la pena perpetuar la filosofía de la historia que había sustentado el pasado, o si era preferible, como aconsejaban los hechos, dar un fuerte viraje de timón, quizás olvidando el pasado y mirando a la Europa desarrollada como ancla de salvación y ejemplo a seguir.

Las Vascongadas resultaron afectadas por el 98, participando en el debate finisecular sobre los grandes temas de la política, de la filosofía y de la ciencia. La intelectualidad española se enfrentó al dilema de tradición-modernidad, colectivismo-inividualismo, España-Europa. Sin embargo la crisis general de España no coincidía totalmente con la de la sociedad vasca. Las ideas nacionalistas habían nacido y se habían concretado en una ideología y en un fundador. Desde finales del XIX hasta la Guerra Civil se desarrolló en modo decidido un proceso de identificación nacional resumido, como escribe Xabier Apaloaza, “en entrega en favor de la lengua vasca, impulso, idealización y sublimación de lo autóctono, búsqueda de la propia historia, creación de entidades privativas a modo de réplica de las entidades que informaban el sistema estatal”. Pues bien, y como explica el mismo historiador, “es necesario afirmar que aquel movimiento cultural vasco en expansión hasta el alzamiento, en su globalidad, vino a ser fruto de personajes de las más variadas concepciones ideológicas –sirva como ejemplo la constitución y desarrollo de la prestigiosa sociedad de Estudios Vascos– y que el renacimiento cultural vasco fue obra de una comunidad, no patrimonio de un grupo”<sup>10</sup>.

Este preámbulo resultaba indispensable para desarrollar, si bien brevemente, el pensamiento vasco modernista y América. Antes de pasar revista a los grandes literatos y pensados

9. Vid: Vascongadas y América, cit., p.320.

10. “De la esperanza de una cultura nacional al exilio (1895-1960)” en *La cultura del exilio vasco*. I. Pensamiento y creación literaria, San Sebastián, Edita J.A.Ascunce, 1994, p.61.

res vascos de la generación modernista –mal llamada del 98–, es decir a los Unamunos, Maeztus, Barojas, etc., resultaba indispensable establecer, si bien someramente, el sentido de lo vasco en la época estudiada. Nos explicamos: si la historia del pueblo vasco, en este caso en sus relaciones con América, no hubiera creado señales de identidad en las actividades laborales y, sobre todo, en su conciencia de sentirse pertenecientes a una geografía determinada y a una idiosincrasia concreta, resultaría más difícil hoy, por muchas ideologías que hubieran nacido paralelamente a la de Arana, hablar de hecho diferencial y de comunidad autónoma privilegiada dentro de España. Este entramado de ideas y de hechos, de éxitos y fracasos, aventuras y desaventuras, de comportamientos reconocibles forman la intrahistoria real de un pueblo que decidió participar, en modo más explícito, a partir de finales del siglo pasado, de una historia de realizaciones progresivas hacia una identidad reconocida.



Miguel de Unamuno, uno de los hombres más universales del País vasco y referencia obligada en los estudios sobre la idea de la hispanidad.

Si la cultura se redujese a la producción humanística, científica y tecnológica difícil –más bien imposible– sería afirmar hoy que el hecho diferencial se labró en el periodo finisecular gracias a los escritores y pensadores más relevantes de aquella época. Más bien habría que decir lo contrario, pues ni Baroja, ni Unamuno, ni Maeztu fueron nunca artífices de una cultura diferente a la española de la época. Sin embargo, el hecho que ninguno de ellos considerase su vasquidad más fuerte y concreta que su españolidad no autoriza a prescindir de los tres modernistas a la hora de historiar la cultura de esta tierra. Porque la afirmación o negación de tal identidad cultural presupone que habían sido ya establecidas una serie de características de identificación regional o nacional. Es natural, por otra parte, que un proyecto de nación no consigue inmediatamente –si no se usan medios artificiales (políticos, administrativos, culturales)– convertirse en nación. De aquí las dudas, la polémica, las afirmaciones y negaciones. De cualquier modo, además, no cabe duda de que el sentido de la vasquidad mantenida por las dispersas colonias vascas en innumerables lugares del Nuevo Mundo ha contribuido a crear la plataforma de una identidad que hoy parece más consolidada. “Garcioarena confesaba que los nietos de los emigrantes no tuvieron ya ocasión de aprender el vascuence en la casa familiar, pero sí recibieron, en cambio, un legado íntegro de creencias, sentimientos, costumbres, ideales y gustos, como la fe cristiana, la moralidad, la probidad, el amor a la tierra lejana y a la adaptación y, sobre todo, el concepto de libertad como derecho inalienable del hombre al que se debe supeditar la fortuna, tranquilidad, bienestar, hogar, familia, la vida misma, ya que todo ello son valores que cuentan sólo en función del valor fundamental que es la libertad”<sup>11</sup>.

11. Vascongadas y América, cit., p.330.

No sé si todas estas cualidades responden a la realidad, pues en primer lugar no es fácil autoanalizarse y además porque virtudes y defectos no permanecen idénticos en la historia. Lo que nos parece innegable es que América resultó un inmenso escenario de difusión del ser vasco y, en ocasiones, de las ideas nacionalistas. Argentina, como siempre y más aún en este periodo que abarca el primer tercio de nuestro siglo, demostró seguir siendo el país de referencia de los emigrantes vascos, como prueba la creación en 1919 de la Junta Nacionalista Vasca de la República Argentina. Hay que añadir, en honor a la verdad, que no todos los vascos argentinos comulgaban con el nacionalismo. Ya hubo en la Junta durante 1912 y 1913 oposiciones y tensiones que aumentaron, naturalmente, con el estallido de la Guerra Civil.

Periódicos y revistas, en español o en vasco, difundieron el modo de ser de los vascos españoles y de los americanizados. Sin embargo ni el nacionalismo promovido en América, ni en España consiguió poner de su parte a los principales modernistas, hecho que contrasta con el desarrollo autónomo que alcanzó el movimiento cultural de inicio de siglo en Cataluña<sup>12</sup>. Explicar esta diferencia no nos resulta fácil. Se pueden hipotizar respuestas pero no análisis definitivos. Quizás las mesas redondas de estos dos días puedan esclarecer en parte la falta de paralelismo ante el pensamiento de los modernistas vascos y el entramado económico, político y social que, apoyándose en la historia, enarbó la bandera del nacionalismo y luchó por subrayar la identidad del pueblo vasco y sus marcadas diferencias con el del resto del pueblo español, precisamente en un momento –la crisis del 98 y los años posteriores– en que toda la península se debatía, buscando también la definición de su ser histórico y de su propia identidad.

Las posiciones de los modernistas vascos no fueron idénticas, a veces análogas, otras contrapuestas, pero en ningún caso tuvieron como horizonte principal de su pensamiento determinar la esencia del pueblo vasco, ni definir su ser histórico y la esencia de la vasquidad.

Unamuno tiene páginas de orgullo por su ciudad natal, al mismo tiempo depositarias de esperanzas para el futuro y para la misma regeneración de España. Su marcado sentido de la paradoja le hace escribir que su misión de perfecto vasco la cumple trabajando por definir la crisis de la Restauración y el modo de salir de ella: “todos los hijos de la villa del Nervión, todos los que hemos fraguado nuestras almas sobre el reflejo metálico de aquella ría, vista desde los puentes, llevamos también en lo hondo del pecho la proyectabilidad de nuestro Bilbao. Y no menos los que tuvimos que salir de ella, y ejercemos en otras tierras, su ministerio. Conservándonos, tal vez, mal fieles a su espíritu y a su tradición”; y poco después, exaltando la tradición bilbaína, propicia a las transformaciones pero no a las alteraciones de su intrahistoria, exalta Bilbao comparándola con las otras grandes ciudades españolas: “Mientras se agitan en convulsiones histéricas, otros lugares grandes de España –Barcelona, Valencia, Zaragoza– sacudidas por la revolución sindicalista ¿no observáis el carácter macizo, orgánico, de obra de fragua que la lucha económico-social toma en Bilbao?”<sup>13</sup>.

12. Analogías interesantes entre el modernismo madrileño y barcelonés en el reciente vol. del fallecido prof. Vicente Cacho Viu, *Repensar el Noventa y Ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

13. Del artículo “Bilbao y la nueva política”, en *España*, n.282 del 25-9-1920. Hoy en Miguel de Unamuno, *Crónica política española (1915-1923)*, ed. de Vicente González Martín, Salamanca, Ediciones Almar, S.A., pp.275-6.

Para Unamuno, como para algunos nacionalistas catalanes de la época, para empezar por el mismo Cambó, la afirmación de las regiones con innegables tradiciones específicas consistiría más que en oponerse al centralismo madrileño en adueñarse de él. En esta línea escribía Don Miguel. "Si no queréis que os invadan, invadid. Si no queréis ser absorbidos, absorbed". Como comenta Miguel Manrique, "Unamuno conminaba a sus paisanos no al llo-riquo y sí a la empresa que como pueblo maduro, mayor de edad, le concernía. Con un poderío económico en auge (...) era el bagaje apropiado para el desembarco en España, la que estaba esperando ansiosamente un remoce de estructuras"<sup>14</sup> En uno de sus provocatorios arrebatos llegó a decir, refiriéndose a todos los que le habían entendido mal, que invadieran en vascuence a España. Es inútil repetir cosas resabidas: Don Miguel había hecho una opción castellanista, considerando al español lengua universal, vehículo de comunicación apropiado para un pueblo que, sin perder la memoria histórica, desea levantarse y salvarse de la denostada crisis de la Restauración, universalizándose. Pero para tal regeneración contaba con su tierra de origen, "Espero para España, y por lo tanto, para la historia y para la humanidad, mucho todavía de mi madre Bilbao" y ello no en base a huesos sentimentalismos sino porque "Allí hay ya muchos, los más fuertes, los más bilbaínos, que aspiran no a gozar de la riqueza, sino a crearla. O si se quiere, gozar creándola. Porque el bilbaíno, digan lo que quieran los que por ser incapaces de comprenderlo le calumnian, goza creando más que consumiendo"<sup>15</sup>. La idea que desde Bilbao se puede regenerar España la repite cuando afirma con énfasis "que el hombre civil ha nacido para crear y gozarse creando. Y este alto sentido, que dará su nueva política a la civilización, tendrá en España como hogar, o mejor como alto horno, si alguno tiene, a la villa de Nervión, a nuestra madre Bilbao. Y volverá a ser invicta"<sup>16</sup>.

Teniendo en cuenta la perspectiva castellana de Unamuno y su elección habitativa por Salamanca pueden resultar chocantes las frases citadas. Sin embargo conviene recordar que la tradición eterna se manifiesta sobre todo en el presente "no en el pasado muerto para siempre y enterrado en cosas muertas"; es decir, proponiendo el momento presente, el suyo de aquellos años, como único depositario de la historia. Además el casticismo no conoce fronteras, pues identifica por abajo a todos los pueblos. La realidad más sobresaliente y vistosa de la tradición española fue para Unamuno Castilla "pues a la casta histórica castellana, que no se apoya en la idea de la raza, sino en la existencia de un pueblo, creado por la comunidad de sus intereses, mantenido por su propia voluntad, presionado por mil agentes exteriores y creador de una lengua, el castellano, que es el receptáculo de la experiencia de un pueblo"<sup>17</sup>. La situación geográfica en el corazón de la península la colocó en el mejor cruce posible de pueblos y cambios de la tierra y de la historia española, creando una fuerza expansiva fruto de heterogeneidad y de unidad, del acuerdo entre tantas patrias chicas para formar el núcleo de un proyecto más grande, el español, que las circunstancias colocaron en Castilla.

La crisis del 98, o de la modernidad, sorprendió a Castilla, como región, desgastada, empobrecida, agotada. Unamuno propuso para revitalizarla aumentar el caudal del río de la historia pasada con las nuevas aguas europeas, incluidas las de su Nervión. Caudal revitali-

14. "Unamuno y la cuestión vasca" en Cuadernos Hispanoamericanos, n.440-1, febrero-marzo 1987 (número monográfico sobre Miguel de Unamuno), p.62.

15. "Bilbao y la nueva política", cit.

16. Ibidem.

17. Luciano González Egido, Introducción a En torno al casticismo, Madrid, Espasa, 1991, pp.21-22.



Pío Baroja y Ricardo Baroja, los Baroja como exponentes del modernismo noventayochista.

zado en la modernidad, incluido el proveniente de su ría, pero sin borrarlo ni cambiarlo porque, si la historia es el resultado de la intrahistoria, sería volver atrás y por hueros sentimentalismos anular los sedimentos labrados por Castilla en la historia. No se trata de etnias ni de lenguas mejores y peores, sino respeto al caudal del presente que para alcanzar la universalidad del océano no puede cambiar los raíles más seguros, los vehículos de la difusión del ser y de la tradición, en especial la lengua. Volver al vascuence tendría sentido, desde la perspectiva del bilbaíno castellanizado, si esta lengua se impusiese y superase al castellano en ser vehículo de la tradición nacional.

Hay cierta prudencia y coherencia en las palabras de este vasco rebelde y contradictorio. El maestro de los extremos opuestos, de las necesarias antítesis, de paz en la guerra, pide concordia, término medio: “Lo mismo los que piden que cerremos o poco menos las fronteras y pongamos puertas al campo, que los que piden más o menos explícitamente que se nos conquiste, se salen de la verdadera realidad de las cosas, de la eterna y honda realidad, arrastrados por el espíritu de anarquismo que llevamos todos en el meollo del alma”<sup>18</sup>.

Unamuno creía poco, a pesar de su elitismo y egolatría finisecular, en que la historia, la verdadera –la intrahistoria– fuese la obra de unos pocos, de los mejores. Dice en más de una ocasión que la fecha del 2 de mayo representa el 7 de julio de nuestro despertar a la contemporaneidad como pueblo, actuando la bendita libertad de la raza contra el francés. Sin embargo, propende a repetir que las llamadas crisis son superficiales y poco secantes a la sociedad. Ni el 68, ni la Restauración, ni el 98 han cambiado radicalmente la historia de España: “Se ha hablado mucho –escribía Unamuno– de una reanudación de la historia de

18. Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, ed. cit. , pp 39-40.

España, y lo que la reanudó en parte fue que la historia brota de la no historia, que las olas son olas del mar quieto y eterno. No fue la Restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España; fueron los millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fue el mismo sol después que el de antes del 29 de septiembre de 1868, las mismas sus labores, los mismos los cantares con que siguieron el surco de la arada. Y no reanudaron en realidad nada, porque nada se había roto. Una ola no es otra agua que otra, es la misma ondulación que corre por el mismo mar. ¡Grande enseñanza la del 68! ¿A cuántos les renovó la vida 'aquel destruir en medio del estruendo lo existente?' [...]. Aquel bullanguero llevaba en el alma el amor al ruido de la historia; pero si se oyó el ruido fue porque callaba la inmensa mayoría de los españoles, se oyó el estruendo de aquella tempestad de verano sobre el silencio agosto del mar eterno"<sup>19</sup>.

Influir ahora a la altura de 1898 desde Vasconia en España y desde ella en Europa y en América. Esta sería la fórmula unamuniana mantenida en estos años. La nación o el estado español no es algo construido desde siempre y menos ahora que las olas de la historia son más numerosas y diferentes. La nación es producto, como el resto de las cosas, de la tensión. Castilla no ha absorbido lo español, imponiéndose a todas las regiones. La historia le asignó la misión de la unificación y en ella perdió, en gran parte, su ser, al ofrecerlo a una empresa más grande, España. Cuando Castilla comprenda que su agotamiento ha llegado y en vez de volcarse hacia fuera lo haga hacia dentro ella misma exigirá a los demás, y se exigirá, el reconocimiento de sus diferencias e idiosincrasia respecto a España: "No tienen otro sentido hondo los pruritos del regionalismo más vivaces cada día, pruritos que siente Castilla misma; son síntomas del proceso de españolización de España, son pródomos de la honda labor de unificación. Y toda unificación procede al compás de la diferenciación interna y al compás de la sumisión del conjunto todo a una unidad superior a él [...]. Conviene mostrar que el regionalismo y el cosmopolitismo son dos aspectos de la misma idea y los sostenes del verdadero patriotismo, que todo cuerpo se sostiene del juego de la presión externa con la tensión interna"<sup>20</sup>. Como ha escrito Miguel Manrique "Sangre nueva para el viejo tronco es lo que reclamaba, sangre de un pueblo como el suyo [el vasco] que a su decir no había tenido Homeros que cantasen a sus Aquiles, pero a los que quería dotar de una lira prodigiosa, el castellano, que ellos irían a templar, hasta sacarle notas inéditas para la gran sinfonía"<sup>21</sup>. En alguna ocasión explicó don Miguel que el castellano, lleno de barbarismos extranjerizantes y de adiposidades andaluzas, estaba sufriendo un proceso de purificación en la tierra euskalduna. Es decir, lo vasco para Don Miguel era parte integrante e inseparable de lo español. Con modalidades diferentes pensaron de la misma manera los grandes escritores y artistas vascos de la época: Maeztu, Baroja, Zuloaga, Salaverriá<sup>22</sup>.

Contrastes evidentes entre los mencionados intelectuales y la tendencia de otras fuerzas, culturales y políticas, que preparaban la plataforma de un regionalismo muy marcado y de un nacionalismo que crecería sin parar en los años sucesivos hasta nuestro presente histórico.

Contrastes ideológicos entre grupos diferentes pertenecientes a la misma comunidad, unidos desde luego, por un amor a la tierra indiscutible. Unamuno se castellanizó con una

19. *Ibidem*..., p. 50.

20. *Ibidem*..., p.66.

21. "Unamuno y la cuestión vasca" en Cuadernos Hispanoamericanos, cit., pp.63-64.

22. Vid: Juan Pablo Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza, 1984, pp.185- y ss.



Ramiro de Maeztu y José María Salaverría, dos grandes presencias de la cultura vasca en el cono sur americano.

evidente personalidad vasca, marcada por casi todas las señas de identidad que definen el ser vasco. Quien sabe si por tales motivos su obra germinó menos en España que en América, donde se supo recoger mejor su espíritu universal, fuera de las oposiciones Vascongadas-Castilla. Pues si es verdad que D. Miguel es una de las figuras de la literatura y del pensamiento más conocidas al gran público español, lo es también que escaso resulta el número de los intelectuales y filósofos españoles que reclaman la paternidad ideológica de Unamuno. Pocos han sido sus discípulos si los comparamos, por ejemplo, con la falange orteguiana. Y el hecho desde luego no deja de sorprender.

Emilia de Zulueta en un magnífico trabajo ha realizado un excursus rico y profundo de las influencias de Unamuno en América y de la formidable acogida que, por lo general, ha recibido su obra en el nuevo continente. A propósito del desastre del 98 la autora aprovecha para establecer el punto de partida dentro de la tendencia regeneracionista de aquellos años: "Si ninguna acción exterior podría restaurar la grandeza material de España, cabía reconstruir la unión familiar de los pueblos hispánicos en el culto de unos mismos ideales. Este esfuerzo, que Ganivet concebía como una gran misión histórica y una creación política importante y original, está a la base de la teoría de América de Unamuno"<sup>23</sup>.

Durante el primer cuarto de nuestro siglo Unamuno mantuvo relaciones con Rubén Darío, José Enrique Rodó, Amado Nervo, Ricardo Rojas, Juan Zorrilla de San Martín, Ricardo Palma, Rufino Blanco Fombona, Carlos Vaz Ferreira, Manuel Gálvez; devoró libros de historia y literatura americana; manifestó gran admiración por Sarmiento, Martí y José Asunción Silva. La fama de Unamuno se extendió por todo el continente. Ya en 1914, a propósito de la

23. "Unamuno desde América" en Cuadernos Hispanoamericanos, n.440-41, 1987, p.102 (n. monográfico sobre Miguel de Unamuno)

primera destitución del rectorado de Salamanca, los artículos y cartas provenientes de América ponen de manifiesto su prestigio; igual ocurrió cuando su confinamiento en las Canarias y el exilio en Francia a causa del choque con Primo de Rivera.

La imagen de Unamuno como energúmeno de la libertad a favor de la educación política se compaginó con su fama de pensador y poeta. En los años 20 escritores y artistas, sobre todo en Argentina, como convenía a la tradición vasca, escribieron monografías y ensayos importantes. Como botón de muestra Jorge Luis Borges, *Acerca de Unamuno poeta* (1923) Manuel Gálvez, *La filosofía de Unamuno*. Después de su muerte en 1936 no pasó desapercibida a la crítica americana la afinidad de Unamuno con la filosofía existencialista, relacionándolo con Kierkegaard y considerándolo un precursor de los grandes existencialistas franceses y alemanes<sup>24</sup>. Con la llegada de los exiliados se renovaron los estudios sobre Unamuno en América. Incluso muchos de los filósofos huidos de la Guerra Civil, de la escuela de Ortega, se ocuparon de Unamuno. La razón más simple resulta la perspectiva de la distancia. Los exiliados quisieron llevar y propagar por América lo mejor de la patria. La mayoría olvidó las duras críticas de Unamuno contra la República, pues se trataba de aportar sustancia, dejando atrás rencillas pasajeras y locales. Por otra parte en la nueva situación de los exiliados de volver a empezar desde tierras distintas, pero nacidos de la cultura española, los temas unamunianos interesaron particularmente: "España y lo histórico en el mundo moderno, la búsqueda de la propia identidad, la índole profunda y los conflictos de nuestras sociedades y de sus estructuras institucionales y políticas, la crítica y el balance del liberalismo y del nacionalismo. A veces predominó el enfoque político o sociológico o literario; en otros casos, la discusión se orientó hacia la filosofía"<sup>25</sup>.

José Gaos, Juan David García Bacca, José Ferreter Mora, Segundo Serrano Poncela entre otros escribieron sobre Unamuno si bien ninguno de ellos sintiese la deuda del discípulo. Durante el mismo periodo el mexicano Agustín Basave Fernández del Valle tomó las ideas de Unamuno como base de su pensamiento en su *Filosofía del hombre*<sup>26</sup>; el argentino Dardo Cúneo publicó el vol. del significativo título *Sarmiento y Unamuno*<sup>27</sup>; probablemente uno de los modos mejores para ensalzar al pensador vasco, fue el de compararlo con uno de los pilares del ser argentino: la obra de Sarmiento.

Cuando la dramaticidad del exilio había sido superada por los años, Unamuno volvió de nuevo con una perspectiva diferente. No se trataba ya de releer sus obras para comprender el ser de la patria, de lo que fue y de lo que pudo ser. El tiempo borra casi todo y las generaciones de escritores a la altura de los años 60 quisieron indagar sobre temas menos comprometidos, pero no por ello menos interesantes. J.A. Balseiro publicó *Unamuno y América* y Guillermo de Torre *Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana*. "El venezolano Guillermo Morón, autor de varios ensayos sobre el pensador vasco, llega a la conclusión que paralelamente al menguado interés por Ortega se apreciaba una mayor preocupación por la obra de Unamuno"<sup>28</sup>.

24. Vid: Carlos Alberto Erro, *Diálogo existencial*, Buenos Aires, Sur, 1937.

25. "Unamuno desde América", cit., p.108.

26. *Filosofía del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

27. *Vio la luz en Buenos Aires en la Editorial Transición* en 1955.

28. Recordamos el siguiente ensayo: "Por leer de nuevo Unamuno" en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Caracas, t. XLVII, fasc. IV, 1964, pp.507-524.

Si pasamos de Unamuno a otro vasco insigne y a la vanguardia del movimiento modernista, Baroja, encontramos elementos que explican la crisis de fin de siglo entre tradición y modernidad y otros que pueden ayudar a comprender indirectamente el nacimiento del nacionalismo político en su época. Escuchemos un párrafo de *Las horas solitarias*: “Hemos perdido nuestra fe y nuestras costumbres y no hemos podido sostener prestigio alguno. Así es que el dinero se muestra onnipotente. Hoy, en Madrid, en Barcelona o en Bilbao, el que no tiene dinero no es nada [...] En España no hay nada cotizabile más que el dinero. En Italia sucede lo mismo. La influencia americana acabará por afectar definitivamente nuestra vida”<sup>29</sup>.

El modernista Baroja preocupado por la modernidad, es decir por la pérdida de las tradiciones, resulta una paradoja interesante, porque, quizás, explique la posición del intelectual ante el 98. Por una parte siente la atracción por la literatura y la filosofía europea como demuestra gran parte de su obra, por la otra participa de la crisis española y vasca. Baroja no reacciona ni encerrándose en su torre de marfil modernista para olvidar los males de España, ni apoya el incipiente nacionalismo vasco para pasar de la patria derrotada a la patria de la esperanza. Su carácter, pero también sus ideas, le llevan a una crítica intensa de la vasquidad y de la españolidad. Podríamos decir, parafraseando a Unamuno, que don Pío luchó contra esto y aquello, contra lo uno y lo otro.

Los textos de Baroja contra el nacionalismo vasco son numerosos y de una enorme agresividad, no obstante él declarase no ser antivasco. Por la otra vertiente denotó también fuertes reacciones. Por ejemplo, Santiago Ramón y Cajal le escribió en los siguientes términos: “Usted no es español, con un cinismo repugnante trató usted de eludir el servicio militar, mientras los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caíamos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña, y luego enfermamos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria, no con noveluchas burdas, locales, encomiadoras de condotieros y costipadores vascos, sino luchando con la ciencia extranjera a brazo partido. Si yo fuera Gobierno, a los malos españoles como usted, que cifran su orgullo y tienen a fruición despreciar los prestigios de la raza española, los condenaría a pena de azotes y después a una desecación lenta pero continua, en Costa de Oro”<sup>30</sup>.

Las palabras de nuestro premio Nobel no demuestran conocer a fondo el carácter y el pensamiento de Baroja, aunque no le falten textos y acciones para crítica tan dura. Tampoco faltan declaraciones de don Pío, en sentido contrario: “Yo parezco muy poco patriota, sin embargo lo soy [...] Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el País Vasco, el mejor rincón de España (...). Mas al lado del patriotismo de desear está la realidad. ¿Qué se puede adelantar con ocultarla? Yo creo que nada. Para muchos el patriotismo único es el patriotismo de mentir, lo que para mí es, más que un sentimiento, una retórica”<sup>31</sup>.

Contradicciones reales o aparentes, producto de una época caracterizada por la rabia impotente frente a los americanos y por la rabia ante la retórica huera de la Restauración canovista y ante su centralismo ineficaz, pero también contra los nacionalismos que altera-

29. En *Obras Completas*, vol. V, p.230.

30. Citado en Felix bello Vazquez, Pío Baroja. El hombre y el filósofo, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993, pp. 73.4.

31. *Rapsodias* en *Obras Completas*, vol. V, p. 895.

ban la verdad de la historia para salvarse individualmente y no caer arrastrados por el resto de España.

A la altura de 1898 no existía, como ahora, una conciencia nacionalista, ni menos aún ideas definidas, porque la nación no preexiste al nacionalismo.

La pregunta de páginas atrás emerge de nuevo: ¿por qué el desastre americano coincidió con el primer despliegue importante de nacionalismo vasco? Me pregunto –y les pregunto– si existió relación directa entre ambos fenómenos; es decir, ¿si la crisis de 1898, incluidos los años anteriores que la prepararon (1868) y los siguientes que la lloraron (1914-La Gran Guerra) fueron, en el fondo, la causa causarum de los nacionalismos periféricos? No cabe duda de que no se arrancaba, como estas páginas han intentado en parte poner de manifiesto, desde cero, pues la misma historia de los vascos en América lo demuestra. Sin embargo no parece una hipótesis totalmente descartable pensar que el nacionalismo vasco alrededor de 1900 sufrió un impulso notable por el deseo de parte de su elite de olvidarse del desastre español en su conjunto gracias a la creación de una nueva patria que como tal no había participado en dicho desastre.

Repetimos, no intentamos quitar importancia a la afirmación nacionalista vasca, ni al hecho diferencial en realación con otras regiones y comunidades del Estado español. Lo que sí resulta necesario explicar es el porqué de dicha afirmación alrededor de una fecha y de una serie de acontecimientos de vital importancia para la política, la sociedad, la economía y la psicología de toda España frente a la llamada crisis del 98. Se podría argumentar que la historia había madurado, añadiendo que el movimiento romántico de la primera mitad del siglo XIX había proporcionado una filosofía útil para la recuperación de la tradición (la vasca). No negamos estas realidades. Observamos, sin embargo, que la pérdida de los restos de las últimas colonias provocó un cambio de punto de vista radical. La independencia de las colonias despertó en las elites de toda España la preocupación por la identidad nacional. A ello responde toda la literatura llamada regeneracionista, llorando los males de la patria y proponiendo soluciones para la recuperación<sup>32</sup>.

En el fondo tres filosofías de la historia de España se contraponían: a) La recuperación de la España imperial, considerando que la causa de la decadencia se debió al olvido de ella, siguiendo los derrotes de la política francesa, sobre todo a partir de los Borbones en 1700; b) la segunda proponía olvidarse del pasado, causa de la catástrofe, y mirar a la Europa desarrollada como modelo a imitar; c) las conciliaciones no faltaron. Pero y América ¿qué significó en la crisis del 98? El prof. J.L. Abellán ha dedicado muchas y brillantes páginas para explicarlo. Desde aquí osamos insinuar que la intensificación de las relaciones con América, desde una perspectiva cultural, tienen más analogía con la visión tradicionalista que con la modernista o europeísta. La América continental se asociaba con el pasado imperial, mientras que Cuba y Puerto Rico con la reciente derrota. En este sentido el gran

---

32. En estos últimos meses una amplia bibliografía ha concordado, con motivos diferentes, en que la preocupación mayor de las elites se concretó en el problema de la identidad nacional. Remozar la tradición de la modernidad, anclarse en el pasado o cerrar el sepulcro del Cid con siete llaves etc.; es decir, tradición nacional, apertura al nuevo, a la modernidad (a Europa) o conciliación de los dos extremos. Vid: Ciriaco Morón Arroyo, *El Alma de España*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1996; Inman Fox, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997; Juan Marichal, *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1995; José María Marco, *La libertad traicionada*, Barcelona, Planeta, 1997. Permiso citar el ensayo de Luis de Llera y Milagrosa Romero, "Los intelectuales españoles y el problema colonial" en 1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración (dirigido por Emilio de Diego), Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 263-297.

continente era la manifestación más evidente que la historia de España no había resultado inútil. Por este motivo algunos intelectuales volvieron sus ojos hacia ella y hacia sus escritos, nidos por la cultura, por la lengua y por una larga historia en común.

La situación de crisis generalizada del 98 no pudo ser indiferente para Vasconia ni para Cataluña. También aquí resurgió con más fuerza la conciencia del fracaso y la de la identidad nacional. Y es precisamente en este momento que confluyen el avanzado proceso regionalista vasco, madurado a lo largo de la historia, y el deseo de desengancharse de la comunidad vasca del resto de una nación que había perdido prestigio y solvencia política. De aquí la búsqueda y la afirmación de los orígenes del pueblo vasco, de su historia diferenciada, de su particular idiosincracia social y cultural.

Indudablemente los políticos y la política de las Vascongadas intentaron agrupar todos estos elementos en la creación de un nacionalismo político. No todo era evidente; al contrario, los escritores y pensadores vascos modernistas no identificaron tales elementos como signos de identidad de una nueva patria. Rechazaron, en líneas generales, el nacionalismo, no obstante las numerosas declaraciones de afectos y raigambres hacia el País Vasco y a lo vasco en general.

Volviendo a Baroja, su posición, más allá de sus conocidas coces, confirma cuanto decimos. Fundamentalmente en dos escritos trata del nacionalismo vasco: *Horas solitarias* (1918) y *Momentum catastrophicum* (1919). En ambos, haciendo gala de su fuerte anticlericalismo, asocia nacionalismo y jesuitismo sin renegar, naturalmente, sus orígenes: “Yo soy tan vasco como pueden serlo los de Euzkadi, ahora que no me parece indispensable para ello llevar escapulario, ni ser de los luises”<sup>33</sup>. Repite en numerosos textos la poca fuerza probante de las razas puras. Significativo nos parece el siguiente texto contra el españolismo de don Pío y, al mismo tiempo, contra el pretendido antivasquismo: “Ni hay raza catalana, ni hay raza castellana, ni raza gallega, ni raza vasca, y podemos decir que no hay tampoco raza española”<sup>34</sup>.

En el mismo párrafo da a entender la tesis que hemos anunciado más arriba. Es decir que la cohesión, o menos, de los Estados no depende de los principios difundidos por Arana para demostrar y fundamentar el vasquismo, sino de una unidad forjada en los diferentes momentos históricos –y por tal cambiante-, debida a la buena o mala marcha de la res pública en su conjunto: “Lo que hay, sí, es una forma especial en cada país o en cada región; y esta forma espiritual tiende a fragmentarse, tiende a romperse cuando el Estado se hunde; tiende a fortificarse cuando el país se levanta y florece”<sup>35</sup>.

A propósito de la obligada neutralidad española en la Primera Guerra Mundial, Baroja comenta que el hecho entristeció a los catalanes por no poder participar en la mesa de los vencedores, entre los países que cuentan.. “De aquí la actitud, la amargura de los catalanes al verse excluidos de unos hechos históricos definitivos e irremediables y al comprobar que esos hechos deslucen los intentos modernos”<sup>36</sup>.

33. Vid: *Las horas solitarias* en *Obras Completas*, vol. V, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1949, pp.251-2.

34. *Divagaciones apasionadas* en *Obras Completas*, vol.V, cit., p.532.

35. *Ibidem...*, p.532 En otro párrafo de *Divagaciones apasionadas* expresa la misma idea en modo más duro: “Todos los pueblos que caen –escribe don Pío- quieren regiones más o menos separatistas, porque el separatismo es el egoísmo, es el salvarse el que pueda de las ciudades, de las provincias o de las regiones” (cit., p.532).

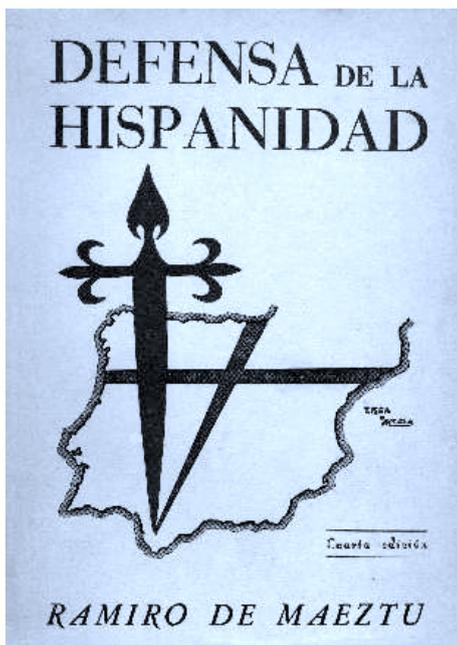
36. *Momentum catastrophicum* en *Obras Completas*, vol. V, ob.cit., p.375.

Pío Baroja se equivocó al considerar el naciente nacionalismo un hecho circunstancial cuando escribió que “Aunque el País Vasco llegara a ser independiente de la política de Madrid y de España, sería tan español como cualquiera de las regiones españolas”<sup>37</sup>.

Maeztu no sólo formó parte con Azorín y Baroja del famoso grupo de los Tres para renovar el pensamiento y las letras españolas, sino que compartió con don Pío una idea muy análoga sobre el nacionalismo vasco en el periodo finisecular, si bien concediese una mayor atención a América, entre otras cosas porque estuvo implicado vital y económicamente en los derroteros de la perla del Caribe.

Maeztu concuerda con Baroja en ver el nacionalismo como una consecuencia de la decadencia española y no en las diferencias étnicas y lingüísticas. Otra causa del malestar se halla, según Maeztu, en la llegada de mano de obra de numerosas regiones españolas. Refiriéndose después a las clases sociales vascas favorables al nacionalsimo afirma que el gran capital vasco tiene interés en seguir unido al resto de España por motivos evidentes<sup>38</sup>. En cuanto a la clase trabajadora escribe: “Si hablamos a los obreros de nuevas patrias y de banderas nuevas, catalanes y vizcaínos se encogerán de hombros, despreciativamente. ¿Qué ganan con la desmembración del territorio, si sobre todos ellos pasaría, en primer término, la consiguiente paralización de las industrias —que hoy viven al amparo arancelario?”<sup>39</sup>.

¿Quiénes son, pues, los vascos interesados en la independendencia?. “No saben los separatistas de entre las clases ricas ni de entre los obreros, porque el separatismo nace y recluta sus prosélitos entre las clases que llamaremos intelectuales, comprendiendo en esta denominación a cuantos hombres viven o pretenden vivir de la pluma, así se emplee en emborronar cuartillas



Portada de la obra de Ramiro de Maeztu *Defensa de la Hispanidad* (1934), obra clave del pensamiento vasco-español sobre la hispanidad.

37. Esta cita la he recogido de un importante volumen para comprender la ideología barojiana. Al autor agradezco sugerencias y bibliografía. Nos referiremos a Felix Bello Vázquez, *El pensamiento social y político de Baroja*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1990; del mismo autor, *Pío Baroja, el hombre y el filósofo*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993.

38. “He demostrado —escribe Maeztu, que las clases capitalistas de las provincias eúscaras y catalanas están interesadas, no ya sólo en conservar la integridad del estado español, sino en intervenir en la política de la nación hasta con mayor actividad que la de otras regiones, ya que éstas sólo litigan con los poderes públicos en cuanto a sí propios se refiere, mientras que los capitales de Cataluña y de Vizcaya, invertidos en la nación entera, han de cuidarse de la marcha administrativa del Estado” (*Hacia otra España*, Madrid, Rialp, 1967, p.205)

39. *Ibidem*...p. 208.

como en llenar folios en la Audiencia. Si esas ideas se propagan es porque existe un número de gentes que, en el actual sistema, no encuentran satisfechas sus ambiciones. En los médicos sin enfermos, abogados sin clientes, sacerdotes sin feligreses, escritores sin público etc. encontramos el verdadero nervio del separatismo”<sup>40</sup>.

Los intelectuales y políticos vascos, según Maeztu, deberían, apoyándose en su desarrollo económico en acto en 1900 no obstante la pérdida colonial, imponerse en el gobierno y dirección de toda la nación. El peso de la economía condiciona la política y viceversa. El dinero de la industria vasca y del enviado desde América por las numerosas comunidades obtendría mayor peso unido a la política “puesto que los gobernantes se unirían a sus amigos, para facilitar legal o ilegalmente el empleo de los capitales muertos”<sup>41</sup>.

La renovación de España debe arrancar, según Maeztu, de Cataluña y País Vasco no sólo política y económicamente sino también desde el punto de vista cultural. El ambiente intelectual madrileño estaba agotado, sin ideas, sin proyectos. Refiriéndose al Nuevo Continente, Maeztu exhorta a reconquistar el mercado del libro de América. “El público de libros [también el español] se surte en París. La reconquista de este público pueden realizarla, mejor que nadie, los catalanes y los vascongados, por el moderno ambiente que respiran [...] y no los literatos solamente, sino todos cuantos sientan en su espíritu fuerzas expansivas, están interesados en mostrarlas, no encerrándose en su concha, como los moluscos, sino apercibiéndose a la conquista de Madrid”<sup>42</sup>.

Las ideas de los modernistas vascos no cambiaron sustancialmente respecto al argumento del presente seminario Los Vascos y América. Cambiaron otras ideas de filosofía, religión, política e, incluso, literatura. No es este el lugar apropiado para analizarlas. Sin embargo no quisiéramos pasar por alto totalmente algunas teorías sobre el argumento referidas al periodo precedente al estallido de la Guerra Civil.

Ni que decir tiene que esos años que van del desastre colonial hasta 1936 fueron testigos del desarrollo ideológico y político del nacionalismo vasco<sup>43</sup>. Pues bien, en 1934 Maeztu publicó un volumen importante –independientemente de cualquier juicio de valor– sobre las relaciones de los españoles con América: *Defensa de la Hispanidad*. Ensalza sobre todo la obra de colonización y cristianización, el poder de la fe y la lengua en el proceso de unificación de toda la América española.

Han pasado los años y Maeztu no es ya el joven modernista desacralizador de la sociedad y de la historia española. Se ha convertido en uno de los teóricos de Acción Española, agrupación político-cultural de sostén para la monarquía y de un derechismo combativo y radical. Sin embargo rechaza, en contraposición con otros teorizantes de la Hispanidad, que la conquista y colonización de América haya sido una gesta o una cruzada apoyada por la Providencia: “Jamás pretendimos los españoles vincular la Divinidad a nuestros intereses nacionales; nunca dijimos como Juana de Arco: ‘Los que hacen la guerra al santo reino de Francia hacen la guerra al Rey Jesús’, aunque estamos ciertos de haber peleado, en nues-

40. *Ibidem.* t., p.210.

41. *Ibidem.*..., p.214.

42. *Ibidem.*, ...pp. 220.1.

43. De la amplia bibliografía citamos como punto de referencia: AA.VV., *La España de las Autonomías. Pasado, presente y futuro*, 2 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1981, y el capítulo de Stanley G. Payne, *Los nacionalismos en Historia general de España y América. Revolución y Restauración (1868-1931)*, t.XVI-2, Madrid, Rialp, 1998, pp.109- y ss.

tros buenos tiempos, las batallas de Dios. Nunca creímos, como los ingleses y norteamericanos, que la Providencia nos había predestinado para ser mejores que los demás pueblos”<sup>44</sup>.

No existe predeterminación, ni metafísica providencialista en la tesis de Maeztu sobre la Hispanidad. “No nos imaginamos nunca que éramos por decirlo así, como escribe Menéndez y Pelayo en su estudio sobre Calderón, ‘el pueblo elegido por Dios, llamado por El para ser brazo y espada suya, como lo fue el pueblo de los judíos’, sino que preferimos pensar que éramos nosotros los que, de propia iniciativa, habíamos elegido la defensa de la causa de Dios”<sup>45</sup>.

Los años que precedieron a la publicación de la Defensa de la Hispanidad fueron testigos de los importantes viajes de Maeztu al Nuevo Mundo. Durante 1925-6 estuvo en los EE.UU. Importante experiencia la del capitalismo americano que, en cierto modo, se añadió al estrato nietzschiano de juventud, llevando al escritor vasco a escribir una serie de artículos, recogidos en el libro Norteamérica desde dentro. Poco después, El sentido reverencial del dinero y el inacabado y fundamental volumen Defensa del espíritu. Como bien resume J.L. Abellán “se trata en ella de dar fundamentación filosófica a ese elemento de poder que junto con el amor y el saber constituyen la unidad del espíritu. Y es que en definitiva nada es más fuerte que el espíritu [...]. Sale al paso de las ideas de Nicolai Hartmann y Max Scheler, que hablan de la importancia del espíritu, para recabar su propia definición en que poder y espíritu se intrican y compenetran tan profundamente que, en realidad, todo espíritu es poder y todo poder, si lo es de verdad, es espíritu”<sup>46</sup>.

El segundo viaje a América fue en calidad de embajador de España en Buenos Aires, en gran parte también durante el periodo de la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera; es decir desde finales de 1927 hasta febrero de 1932.

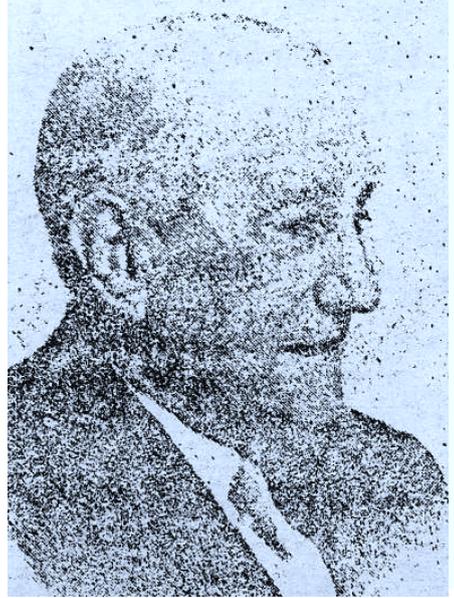
EE.UU. y Argentina fueron los países que más dieron a conocer a Maeztu en América, y el Nuevo Continente perfiló las ideas del pensador vasco. Lo que percibió don Ramiro en las grandes naciones visitadas le sirvió para elaborar su teoría de la Hispanidad. Repensando y reviviendo la América ex-española se dio cuenta que la obra hecha allí representaba el culmen de la civilización hispánica, porque los antepasados supieron difundir las ideas de igualdad y libertad entre los hombres. Estos valores se resumen en el valor sobrenatural de la hermandad entre todos los pueblos y naciones hispánicas, único capaz de salvar al mundo de la crisis de la modernidad. Vuelta, pues, a un catolicismo tradicional, permeado de la voluntad de hacer y transformar. Exhortación a los caballeros de la Hispanidad para ejercer sus virtudes –jerarquía y hermandad– como contrapuntos a los principios del liberalismo –libertad, igualdad, fraternidad.

Maeztu y la Hispanidad como uno de los derroteros del modernismo español: intentar la conciliación entre tradición y modernidad, llegando a resultados, como otros pensadores de su misma generación, equívocos. La flecha de lo nuevo recorriendo una vieja trayectoria. El imperio no se pierde, pues, después de los primeros combates pro-anarquistas y anti-pasado, los modernista recobraron, precisamente después de haber meditado sobre la crisis de

44. Defensa de la Hispanidad, citamos por la edición de Buenos Aires, Thau S. A., 1986, p.11.

45. Defensa, cit., p.119.

46. Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea. 1875-1936., 5/II, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p.206.



José María Iparraguirre, Pedro María Otaño, Ramón de Bastera y Sebastián de Amorortu, cuatro embajadores del País Vasco en América.

la Restauración, el pasado español, tamizándolo con las ganas por lo nuevo y por lo europeo. Sí Europa como horizonte y modelo, pero con el pensamiento puesto en el Nuevo Continente que les sirvió, repensando la historia, para recuperarse de la crisis, para asegurar –y asegurarse– de que la obra de España –y también de los vascos– en la historia no había sido inútil.

El Imperio no se habría perdido si los países y los pueblos que lo componían hubieran mantenido la fe y el ideal. Faltó solidaridad entre sí y con España. Un Nietzsche cristiano domina su pensamiento, o mejor dicho un catolicismo de madurez acoplado a sus estructuras culturales de juventud: “La soliariedad en el ideal resiste, en cambio, a la derrota, y por ello pudo soportar, sin quebrantarse, el imperio español las paces de Westfalia y de los Pirineos, de Lisboa [...]. Pero perdimos la unidad de la fe en el curso del siglo enciclopédico. Los mismos funcionarios españoles lo pregonaron en los países hispanoamericanos, con lo que se la hicieron perder a ellos”<sup>47</sup>.

Defensa de la Hispanidad alcanzó varias ediciones y una más que discreta difusión por el mundo de habla española. El ideal y el entusiasmo son categorías, pero también sus contrarios. Por eso pudo escribir Maeztu que “de los sentimientos antiespañoles de los hispanoamericanos en el siglo pasado, España misma es la originadora cuando no la responsable”<sup>48</sup>.

Antonio Cánovas, el creador de la Restauración del patriotismo consagrado, expresó la tremenda frase: “Son españoles.... Los que no pueden ser otra cosa”. Y así fue a finales de siglo. España perdió la moral en la victoria y la confianza en sí misma. Se vació y se perdió. Por eso se comprende, como ya hemos dicho repetidamente, que ni americanos, ni vascos aceptasen patrón tan desprestigiado.

Más aún se difundieron las obras de Unamuno, sobre todo después de la Guerra Civil, cuando nuestros exiliados llegaron a América, huyendo de posibles represalias y buscando un hogar lo más parecido al dejado en la Península.

Sin embargo, esa historia apasionante del exilio representa otro capítulo de la historia que los modernistas vascos no conocieron. Unamuno desorientado por la República y por la Guerra se encerró aún más en su Salamanca hasta que la diosa de la inmortalidad –probablemente emparentada con Aitor y con el mundo legendario que el PNV intentaba revivir en el País Vasco para esparcir entusiasmo y seguridad a todos los vascos que habían decidido en esos años (1900-1936) ser solamente eso: vascos– lo arrastró a sus Lares. A Maeztu se lo liquidaron en Madrid los hijos de una ideología que muy poco sabía de nacionalismos vascos, de América y de Europa. Baroja sobrevivió a su tiempo, aislado aún más que antes, seguro de su obra pero también de haber perdido el tren de la historia y de su olvidada modernidad.

Si de los intelectuales vascos que reflexionaron sobre América pasamos a los emigrantes que marcharon entre 1870 y 1914 –e incluso después– al Nuevo Continente hay que decir que no llevaron consigo los gérmenes del nacionalismo. Como ha escrito Jean Phillippe Mathy, “la generación inmigrada no tenía en absoluto el sentimiento, en esta época, de

---

47. Defensa, cit., p.120.

48. Ibidem, p. 124.

hacer folclore o de perpetuar un modo de vida y de sociabilidad ligado a una determinada identidad regional, y menos aún nacional. Una de las primeras asociaciones de ayuda mutua, fundada en 1908, llevaba un nombre español (Sociedad de Socorros Mutuos), lo que deja pensar que el sentimiento de pertenencia, que simboliza actualmente la elección de un nombre vasco para la mayoría de clubes, no tenía la misma importancia a principios de siglo. Cuando se les preguntaba sobre su nacionalidad, los inmigrantes declaraban además ser franceses o españoles, lo que no permite concluir sobre la ausencia de identidad vasca de referencia, pero tiende a demostrar que ésta podía cohabitar con otras definiciones de pertenencia, a las que se recurría en ciertas ocasiones, en especial fuera del País Vasco<sup>49</sup>. Parece ser que demostraban mayor interés por las tradiciones las generaciones de vascos nacidos en América que las recién llegadas.

Aunque el fenómeno descrito se refiere a las comunidades vascas en los EE.UU. y no a las, por ejemplo, afincadas en Argentina, donde la mayor densidad propició un sentimiento de lo vasco y por lo vasco mayor, resulta difícil afirmar que el nacionalismo de los vascos en el Nuevo Continente se desarrollase paralelamente al de la Península. En EE.UU. hay que esperar hasta el Festival de Reno, organizado en 1959 por algunas comunidades vascas del estado del Nevada para poder percibir un cambio importante. Sin embargo el encuentro no pasó de una proclamación y reafirmación de valores culturales y folclóricos de tipo costumbrista. No podría ser de otro modo. La bandera estrellada de los Estados de la Unión no admitía otra alternativa.

Sin pretender sobrepasar los años treinta como fecha límite-objeto de nuestro estudio, queremos recordar un hecho significativo de la acentuación de la vasquidad en los años del período bélico (1936-39). Cuando el frente vasco se desmoronaba progresivamente frente a las fuerzas de Mola, muchos de los soldados vascos, que pudieron huir, prefirieron exiliarse en Francia antes que combatir la guerra en otras regiones de España (por ejemplo Cataluña) que no consideraban su patria<sup>50</sup>.

Cerramos este estudio con otro hecho aparentemente deshilvanado del anterior, pero a nuestro parecer demostrativo igualmente de la vasquidad, sea dentro de las provincias peninsulares que, como en este caso, en las comunidades esparcidas por el Nuevo Continente. En este congreso sobre Los vascos y América se nos ocurre oportuno señalar el caso de los exiliados de la guerra y Argentina. Las dificultades jurídicas para el ingreso en Buenos Aires, productos de sendos decretos de 1930 y 1936, no tenían validez tratándose de vascos, a los que se les reconocía un status especial, consecuencia de la importancia de las inmigraciones procedentes de las Vascongadas en el desarrollo y formación de la nación Argentina<sup>51</sup>.

49. Del regionalismo a la etnicidad: identidad vasca y migración a Estados Unidos en *Los otros vascos*, cit., pp.79-80.

50. Vid: Javier Rubio, *La emigración de la guerra civil de 1936-9*, vol. I, Madrid, Editorial San Martín, 1977, p. 52.

51. Vid: J. Rubio, cit., vol. 5, p. 196.